

Mensaje ocho

**Nuestro corazón necesita
ser afirmado irreprochable en santidad**

Lectura bíblica: 1 Ts. 3:13; Pr. 4:23

I. El corazón es el conglomerado de todas las partes internas del hombre, el principal representante del hombre, su delegado:

- A. Nuestro corazón está compuesto por todas las partes de nuestra alma —nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad (Mt. 9:4; He. 4:12; Jn. 14:1; 16:22; Hch. 11:23)— y una parte de nuestro espíritu: nuestra conciencia (He. 10:22; 1 Jn. 3:20).
- B. Nuestro corazón y la condición en que se encuentre delante de Dios se relaciona orgánica, intrínseca e ineludiblemente con la condición en que está nuestro espíritu, alma y cuerpo delante de Dios:
 - 1. Ejercitar nuestro espíritu tiene eficacia únicamente si nuestro corazón está activo; si el corazón del hombre es indiferente, su espíritu queda preso en su interior y las capacidades del mismo no pueden manifestarse—Mt. 5:3, 8; Sal. 78:8; Ef. 3:16-17.
 - 2. El alma es nuestra persona misma, pero el corazón es nuestra persona en ejercicio de sus funciones; así pues, el corazón es el delegado, el comisionado en funciones, de todo nuestro ser.
 - 3. Así como las actividades y movimientos de nuestro cuerpo físico dependen de nuestro corazón físico, del mismo modo, nuestra vida diaria, la manera en que actuamos y nos comportamos, depende de la clase de corazón psicológico que tengamos.
- C. El corazón es la válvula que regula la entrada y la salida de la vida divina, es el “interruptor” de dicha vida; si nuestro corazón no está bien, la vida divina que está en nuestro espíritu queda estancada, y la ley de vida no puede operar libremente y sin estorbos, por lo cual no logra afectar todas las partes de nuestro ser; aunque la vida divina posee gran poder, éste es regulado por nuestro pequeño corazón—Pr. 4:23; Mt. 12:33-37; cfr. Ez. 36:26-27.

II. A fin de llevar una vida santa para la vida de iglesia, es necesario que el Señor afirme nuestro corazón irreprochable en santidad—1 Ts. 3:13:

Mensaje ocho (continuación)

- A. Dios es Aquel que nunca cambia, pero nosotros, según nuestro nacimiento natural, tenemos un corazón muy voluble tanto en lo referido a nuestra relación con los demás como en lo referente a nuestra relación con el Señor—cfr. 2 Ti. 4:10; Mt. 13:3-9, 18-23.
- B. No hay uno solo que, en virtud de su vida humana natural, posea un corazón firme y estable; ya que el corazón del hombre cambia tan fácilmente, de ninguna manera es digno de confianza—Jer. 17:9-10; 13:23.
- C. Nuestro corazón es reprehensible porque es voluble; un corazón inalterable es un corazón irreprehensible—Sal. 57:7; 108:1; 112:7.
- D. En la salvación efectuada por Dios, nuestro corazón es renovado una vez y para siempre; sin embargo, en términos de nuestra experiencia, nuestro corazón necesita ser renovado continuamente, debido a lo voluble que es—Ez. 36:26; 2 Co. 4:16.
- E. Debido a que tenemos un corazón voluble, éste necesita ser renovado continuamente por el Espíritu santificador de tal modo que pueda ser afirmado, edificado, en una condición de santidad, en la cual hemos sido apartados para Dios, ocupados por Él, poseídos por Él y estamos saturados de Dios mismo—Tit. 3:5; Ro. 6:19, 22.

III. A fin de ser de “los que son santificados” y llevar una vida santa que contribuya a la vida de iglesia, tenemos que cooperar con la operación interna de Aquel “que santifica” tomando las medidas pertinentes con respecto a nuestro corazón—He. 2:11; Sal. 139:23-24; Himnos, #316:

- A. Dios desea que tengamos un corazón tierno:
 - 1. Las medidas que Dios toma con respecto a nuestro corazón consisten en quitar nuestro corazón de piedra y darnos un corazón de carne, es decir, un corazón tierno—Ez. 36:26.
 - 2. Tener un corazón tierno significa tener un corazón que se sujeta al Señor y cede ante Él, es decir, un corazón que no es obstinado ni rebelde—cfr. Éx. 32:9.
 - 3. Un corazón tierno es un corazón que no se ha endurecido a causa del tráfico mundano—Mt. 13:4.

Mensaje ocho (continuación)

4. Dios consigue que nuestro corazón sea tierno al conovernos con Su amor; pero si Su amor no logra conovernos, Su mano opera en nuestro entorno a fin de disciplinarnos hasta que nuestro corazón se vuelva tierno—2 Co. 5:14; 4:16-18; He. 12:6-7; cfr. Jer. 48:11.
- B. Dios desea que tengamos un corazón puro:
1. Un corazón puro es un corazón que únicamente ama a Dios y sólo desea a Dios mismo; además de Dios, no tiene ningún otro amor ni ninguna otra preferencia o deseo—Sal. 73:25; cfr. Jer. 32:39.
 2. Nuestro corazón debe ser sencillo en su relación con Dios, de tal modo que nuestro único temor sea ofender a Dios y perder Su presencia—Sal. 86:11b.
 3. Nuestra meta y objetivo debe ser únicamente Dios mismo, y no debiéramos tener ninguna otra motivación—Mt. 5:8.
 4. Tenemos que ir en pos de Cristo “con los que de corazón puro invocan al Señor”—2 Ti. 2:22; 1 Ti. 1:5; Sal. 73:1.
- C. Dios desea que tengamos un corazón amoroso:
1. Un corazón amoroso es un corazón cuya parte emotiva ama a Dios, anhela a Dios mismo, tiene sed de Dios y ansía a Dios mismo en el ámbito de una relación personal, afectuosa, íntima y espiritual con Él—42:1-2; Cnt. 1:1-4.
 2. Es menester que volvamos nuestro corazón al Señor una y otra vez y que nuestro corazón sea renovado constantemente, de modo que nuestro amor por el Señor se mantenga nuevo y fresco—2 Co. 3:16; *Himnos*, #255 y *Hymns*, #547.
 3. Toda experiencia espiritual se inicia al surgir amor en el corazón; si no amamos al Señor, es imposible tener experiencia espiritual alguna—cfr. Ef. 6:24.
 4. Nuestro amor por el Señor nos capacita, perfecciona y prepara para hablar por Él investidos de Su autoridad; si amamos de todo corazón al Señor, seremos llenos de Él hasta rebosar—Jn. 21:15-17; Mt. 26:6-13; 28:18-20.
- D. Dios desea que nuestro corazón esté lleno de paz:

Mensaje ocho (continuación)

1. Un corazón lleno de paz es aquel en el cual la conciencia está libre de ofensas, condenación o reproches—Hch. 24:16; 1 Jn. 3:19-21; He. 10:22.
 2. Si confesamos nuestros pecados a la luz de la presencia de Dios, recibiremos Su perdón y Su lavamiento de tal modo que, teniendo una buena conciencia, podremos disfrutar de comunión ininterrumpida con Dios—1 Jn. 1:7, 9; 1 Ti. 1:5.
 3. Si practicamos tener comunión constante con Dios en oración, el resultado será que disfrutaremos de la paz de Dios, la cual es Dios mismo que guarda nuestro corazón y nuestros pensamientos en Cristo a fin de mantenernos serenos y tranquilos—Fil. 4:6-7.
 4. Tenemos que dejar que la paz de Cristo arbitre en nuestros corazones al perdonarnos unos a otros, lo cual nos lleva a revestirnos del nuevo hombre—Col. 3:13-15.
- IV. A medida que nuestro corazón sea afirmado irreprochable en santidad mediante la renovación constante que en ellos efectúa el Espíritu santificador, llegaremos a ser tanto la Nueva Jerusalén, que posee la novedad de la vida divina, como la santa ciudad, que posee la santidad de la naturaleza divina—Ap. 21:2; 1 Jn. 5:11-12; 2 P. 1:4.**